

ARTÍCULOS Y NOTAS

La *aristía* de Héctor

Rubén BONIFAZ NUÑO

ABSTRACT. The *Iliad*'s books V, XI and XVII used to be called Diomedes', Agamenon's and Menelao's *aristia*. This article shows the book VI is the Hector's *aristia*, whose heroism belongs to his will of bequeath a lesson of honour—to display, with regard to the inevitable defeat, a non natural courage, but learned by himself.

La aristía

Tres diversos libros de la *Iliada* se consagran a exponer la superioridad que alguno de los héroes revela por sobre los demás; esos libros han sido tradicionalmente llamados *Aristía* de Diomedes (V), *Aristía* de Agamenón (XI), *Aristía* de Menelao (XVII).

La palabra *aristía*, tomada de la griega *aristeia*, del verbo *aristeuo*, “señalarse como el óptimo”, suele traducirse a nuestra lengua como *principalía*; a nuestra lengua actual, yo prefero traducirla como *optimación*.

Mediante esta palabra se expresaría cómo, en determinada ocasión, un héroe se señala como el óptimo entre todos.

De las tres optimaciones sobredichas, la de Diomedes se me aparece ejemplar, dado que descubre la naturaleza de los hechos mediante los cuales un héroe llegaba a ostentarse como el óptimo.

Todos esos hechos son bélicos, productores de matanza y sangrientos despojos y persecuciones; de vertimientos de sangre humana y divina.

Así, en ese libro V, se observa cómo Diomedes hace sucumbir una muchedumbre de guerreros menores, y, entre los mayores defensores de Troya, da a la muerte a Pándaro¹ y con un golpe de risco obliga a Eneas a salir del combate².

Y no queda allí sólo: autorizado por Atenea, ataca y lastima e insulta a una deidad, Afrodita³; por su propia cuenta, hace crecer su osadía hasta el extremo de intentar combatir con Apolo⁴, y finalmente, luego de herir a Ares, auxiliado por la misma Atenea, lo fuerza a refugiarse, entre quejas, en las moradas olímpicas⁵.

Ésa es la naturaleza de los hechos que, entre los aqueos, hacían el óptimo de alguno de los héroes. Bien se comprende que así haya sido. En efecto, los aqueos llegaron a Troya con el propósito de asaltarla y destruirla; por eso, mientras a más enemigos mataran, más próximos se ponían a la consecución de su presa. El héroe óptimo, así, era aquel que por su valor y su fuerza y con el apoyo divino, consumaba la mayor mortandad; por medio de ésta auguraba el cumplimiento de sus fines.

Héctor

Si la tradición designa como optimaciones de Diomedes, Agamenón y Menelao los libros V, XI y XVII de la *Iliada*, a mi entender, en su libro VI se expone la actitud interior mediante la cual Héctor se revela como el óptimo de los héroes; yo llamaría, por tanto, a ese libro, la optimación de Héctor. Éste, en él, se revela como el héroe mayor del poema; aquel junto al cual incluso Aquileo aparece oscuro y mezquino.

¹ V, 290-296.

² Ib., 301-310.

³ Ib., 330-351.

⁴ Ib., 432-438.

⁵ Ib., 855-871.

Su heroísmo, más que en la fulgurante acción, se descubre en la voluntad moral que la funda.

Aconsejado por su hermano Heleno, va Héctor a la ciudad, con el fin de disponer que las mujeres hagan ofrendas y votos a Atenea, con el ruego de que dé la victoria a los troyanos consintiendo en que Diomedes sea vencido⁶.

Allí se encuentra con su madre, quien le ofrece vino para que, después de efectuar las libaciones rituales, lo beba y restaure sus fuerzas, menguadas en defensa de lo suyo; esto es, se comprende, su ciudad, sus parientes, sus conciudadanos, mujeres, hombres y niños⁷.

No lo acepta Héctor: sucio de matanza, no debe hacer esas libaciones; y en cuanto a él, no ha de beberlo, por temor de disminuir el ánimo y el valor que le son necesarios para su asumida tarea⁸.

Más adelante⁹, se rehusará a aceptar el descanso ofrecido por Helena; no puede él concederse reposo alguno, porque fuera de la ciudad se combate, y los troyanos lo requieren para su defensa.

Así pues, no ha de restaurarse con el vino ni de darse respiro; su ánimo y su valor, aun menguada su fuerza, han de estar íntegros a fin de que, al momento, esté él en condiciones de cumplir el deber que, para el beneficio de otros, le imponen su corazón y su pensar, suma de su propia voluntad.

Él mismo ha de exteriorizar ante Andrómaca los motivos por los cuales se consagra al cumplimiento de tal deber.

La esposa se lamenta del descuido en que, a causa del ánimo guerrero del héroe, están ella y su hijo, y le ruega que, dado que él es todo cuanto tiene, abandone la lucha; Andrómaca presiente que ese ánimo esforzado que Héctor se empeña en mantener entero, finalmente habrá de perderlo¹⁰.

⁶ VI, 85-101.

⁷ Ib., 251-262.

⁸ Ib., 264-268.

⁹ Ib., 360-362.

¹⁰ Ib., 407-438.

Y él explica, con la desesperanzada lucidez que su conciencia le infunde.¹¹

En primer lugar, pero ha de suponerse que no por cierto principalmente, él hace la guerra para proteger el honor de su nombre frente a las mujeres y los hombres de Troya. Ellos lo despreciarían si él, como un cobarde, se alejara del combate. Y además, y esto ha de juzgarse lo principal, él no puede hacer tal cosa porque su alma se lo prohíbe; porque él aprendió a ser valiente siempre y, por conquistar su propio honor y el de su padre, a combatir adelante incluso de los delanteros¹¹.

Mucho se ha comentado el primero de los motivos por los cuales, según él mismo explica, Héctor guerra. Teme la condenación del juicio de los demás por mostrar cobardía, como cuando reacciona ante los reproches de Sarpedón, Glauco o Apolo¹², o por imprudencia, como cuando, en un modo de suicidio, permanece fuera de los muros de Troya a fin de que no lo culpen por no haber atendido el dicho de Polidamante, quien, ante la presencia de Aquileo, aconsejó que todos se refugiaran en la ciudad¹³.

Pero el motivo expuesto en segundo lugar es el que se me aparece de mayor significación. El alma de Héctor le manda no mostrar cobardía, porque él aprendió a ser valiente. Y si se indagara de quién lo aprendió, la respuesta no podría ser más que una: de sí mismo, de su propia libre voluntad que así lo decidió. Por su propio designio, pues, adquirió el valor que acaso no era suyo por naturaleza. Y ese valor, lo sabe él bien, porque de continuo lo afirma, será la causa de su muerte.

De esta suerte, desde atroces y dolidas profundidades, desnuda ante la esposa su mayor secreto: el desesperado conocimiento de lo inútil de su lucha. Porque, al igual que Agamenón, a quien el supremo dios se lo prometió asintiendo con el ceño, ese signo irrevocable y forzosamente cumplible¹⁴,

¹¹ Ib., 441-445.

¹² V, 472-477; XVII, 142-155; 586-590.

¹³ XXII, 99-130.

¹⁴ II, 112-113; I, 524-527; IV, 163-165.

Héctor, en su mente y en su alma, sabe bien que inevitablemente Troya habrá de ser destruida por los aqueos, y que así también desaparecerían Príamo y su pueblo¹⁵.

Y el dolor más grande no lo aflige por la suerte de su madre, su padre, sus hermanos, los troyanos todos, sino por la de Andrómaca, quien padecerá siendo esclava en la casa de algún enemigo; entristecida, escuchará las palabras de alguno memorioso de que ella fue la esposa del óptimo de los defensores de Troya¹⁶.

Así, al mismo tiempo que Héctor demuestra que es simplemente un hombre común, amante sobre todo de su familia, revela cómo, sólo por su voluntad de ser valiente, de asumir por esto mismo el deber de guardar a los otros batiéndose en una guerra que sabe injusta y en cuya causa no tuvo parte alguna, se acrece hasta lo sublime, se optima a sí mismo entre todos.

Estas declaraciones de Héctor publican la índole humanamente superior del sentido que él mismo ha determinado para su vida, y si se relacionan con la que contienen sus palabras previas a la lucha final¹⁷, harán ostensible su entera perfección.

En tanto que los aqueos pelean por ganancias materiales, así lo comprueba la conducta de Aquileo, quien se abstiene de guerra cuando Atenea le asegura que a cambio de la que Agamenón le arrebató, recibirá una presa grandemente mayor¹⁸, la cual efectivamente recibe¹⁹, y no entrega a Príamo el cadáver de Héctor sino a cambio de infinitos rescates²⁰, Héctor combate por la gloria de su padre y la suya, y éstas, según puede juzgarse, radican en llevar, hasta el propio final y en defensa de otros, una guerra de antemano perdida, con tal de dejar como herencia una lección de valentía y honor.

¹⁵ VI, 447-449.

¹⁶ 450-461.

¹⁷ XXII, 397-405.

¹⁸ I, 213-214.

¹⁹ XIX, 242-248; 278-279.

²⁰ XXIV, 579.

Acaso la naturaleza no lo hizo valiente; pero, él mismo lo dice, aprendió a serlo; pero, contrariando quizás aquella suavidad de carácter por la cual Helena se sintió protegida²¹, como hombre que es acepta tenazmente el combate en su sangriento transcurso y sus funestas consecuencias, a fin de mostrarse a sí mismo que tal aprendizaje fue eficiente.

Así como sabe que fatalmente Troya será destruida y que morirá él mismo, tiene, quizá, la conciencia de otra verdad: que él es únicamente el instrumento empleado por Zeus para complacer la soberbia de Aquileo. Con todo eso, a su hora se enfrentará, a éste, a sabiendas de que la muerte le llegará de sus manos. Y es aquí donde dirá, como para sí mismo, aquellas palabras extremas: su esperanza es cumplir antes del final una hazaña que le gane el respeto de los presentes, que lo observan desde los muros de la ciudad, y de los futuros, que hallarán en su lucha una causa de aprendizaje.

Lo aquí dicho acerca de su última decisión individual, es aplicable a sus acciones en común, a su función como conductor de las fuerzas troyanas.

Resistiendo a plena conciencia a fuerzas superiores, su conocimiento pleno del desenlace fatal de la guerra, su decisión de ejecutar previamente una acción ejemplar explican enteramente sus palabras y sus hechos al capitanear a los suyos.

Su gallardía, su furia, su ejemplo, sus exhortaciones, son sólo un medio que inyecta en quienes lo siguen el valor preciso para buscar una victoria irrealizable. Empero, antes de ser vencidos, es lo que él afanosamente pretende, deberán elevarse a sí mismos a las cumbres de la acción hazañosa, y mantener así para siempre su propio prestigio y el de él, por patente consecuencia.

De esta suerte es como lo impulsa a traerle fuego con que incendiar las naves aqueas, prometiéndoles el triunfo definitivo²², aunque en su interior presentía quizá que el arder de la primera de ellas sería el signo de la definitiva perdición. Pero

²¹ XXIV, 768-772.

²² XV, 718-725.

ese incendio previo a tal perdición, sería la ansiada acción digna de gloriosa memoria. Una demostración más de que, por propio designio, aprendió a ser valiente, y de que lo hizo bien.

El proceder de Héctor, dirigido por su convicción de la inevitable derrota y por su necesidad de alentar a su gente para el combate, como si la victoria fuera posible; encaminado a incitarlos a luchar junto a él, igual que él, a fin de mantener con hechos el honor de su nombre, se alumbra abiertamente en dos ocasiones²³. En ambas pone al parejo una irrealidad y una aparente certeza: la de ser él un dios y la que tiene de vencer a los aqueos.

Esto, que superficialmente juzgado se ha entendido como un exceso en la jactancia, en su hondura encierra algo mucho más complejo, y que involucra, tomando en cuenta si habla él para sí mismo o para los demás, significados manifiestamente opuestos.

Dicho a los guerreros troyanos, consiste en una decisiva exhortación al combate; éstos, fiados en la seguridad de triunfo que Héctor les infunde, habrán de luchar con magnificadas fuerzas.

Dicho para Héctor mismo, expresa la certidumbre de la ineludible derrota; él, en realidad, declara que tan imposible le es alcanzar la condición divina, como lograr el vencimiento de aquellos enemigos.

Así, lo que procura con su discurso es que tanto él como los suyos pongan por obra, antes de ser acabados, una acción memorable y merecedora de duradera admiración.

Ése es Héctor; éstos, su voluntad y sus motivos de combatir. Por eso, aun cuando la cima de sus poderes guerreros es alcanzada cuando él quebranta con un peñasco la puerta guardiana del muro de los aqueos, o cuando inicia el incendio de una de sus naves, para mí su real y verdadera optimación se expresa en el libro VI, donde se pone de relieve la voluntad moral que lo dirige.

²³ VII, 538-541; XIII, 825-828.

